

AFRICA AMARGA

Por JUAN ALDEBARAN

Otros países africanos han sido más agitados, conocen mayor «aceleración histórica». Burundi ha sufrido ocho golpes de Estado desde 1962. En Dahomey ha habido cuatro; en Sierra Leona, tres. En siete años, contados a partir del primer gran acontecimiento de este orden —el 13 de enero de 1963: asesinato, en Togo, del Presidente Silvanus Olimpo—, diecinueve países subsaharianos han cambiado de régimen por golpes de Estado. Diez de ellos están dirigidos por militares. En otros, los golpes de Estado han sido invisibles: en Marruecos, el Rey asumió constitucionalmente los poderes personales y disolvió la Asamblea. Generalmente, estos países han saltado bruscamente de régimen sin que la modificación tuviera repercusiones en la vida cotidiana. Las poblaciones acogen el suceso sin gran emoción, casi resignadamente. Así han caído grandes dirigentes de la nueva África, figuras destinadas a la leyenda, al mito: Ahmed Ben Bella, Kwame N'Krumah.

Otros países han tenido menos suerte. Aún se muere en Nigeria, como consecuencia de la guerra civil, de la guerra de secesión de Biafra, rápidamente enterrada en los periódicos y en las conciencias. Era una reproducción de la primera guerra civil africana, de la del Congo que fue belga, donde de cuando en cuando se oyen aún las descargas de los pelotones de fusilamiento, o se alzan las horcas en la plaza pública. En el Sudán, los musulmanes del Norte y los no musulmanes del Sur se enfrentan en otra guerra casi secreta, pero enormemente mortífera. Algo está ocurriendo entre los musulmanes de Eritrea y Etiopía. En el Tchad, la rebelión de los musulmanes saharianos contra el gobierno no islámico está siendo reprimida ahora con ferocidad, a la que colabora, sin lentivos, la Legión Extranjera francesa.

EL HAMBRE SIGUE

Millones de refugiados pasan las fronteras, huyen de unas re-

giones a otras. O emigran simplemente en busca de mejores condiciones de vida. El hambre no ha cesado en este continente de 320 millones de habitantes. En 1960, las estadísticas de la ONU contabilizaban 235 millones de africanos. Ochenta y cinco millones más de bocas en diez años. A pesar de la aún elevada mortalidad infantil, del hambre, de las enfermedades infecciosas y parasitarias, que no han conseguido erradicarse. A pesar de que la vida media del hombre no sobrepasa los treinta y siete años (España, sesenta y ocho; Noruega, setenta y dos). La densidad de la población es aún inferior a diez habitantes por kilómetro cuadrado, pero esto no es decir nada: los grandes desiertos, las grandes selvas, están prácticamente inhabitados, mientras las zonas costeras y urbanas están superpobladas (Tanganyika: 63 por 100 de la población en el 10 por 100 de las tierras).

Un gran número de riquezas yacen bajo el suelo africano —petróleo, minas— o en sus junglas, sin una explotación racional. La mano de obra es barata. La población activa es la más elevada del mundo: un 43 por 100 de la población total, un 78 por 100 de la población entre quince y sesenta y cuatro años. No es un índice de pobreza, sino de miseria. Supone el trabajo infantil, el de la madre de familia, el de los ancianos. Los salarios son bajos y todos deben contribuir al sostenimiento de la familia.

LOS REGIONALISMOS AFRICANOS

Pero difícilmente se puede hablar del problema africano en términos de medias estadísticas. Hay naciones ricas y naciones pobres. Dentro de una nación hay zonas enormemente ricas y otras miserables (Katanga, en el Congo; Biafra, en Nigeria).

¿Puede hablarse de naciones? El concepto de nación y de Estado, las disquisiciones político-filosóficas del XIX europeo, los Rousseau, los Hobbes, ¿tienen al-

Brazzaville: golpe de Estado. Militares contra militares. El teniente Singanga contra el comandante Nguabi. El propio Nguabi alcanzó el poder por otro golpe de Estado, en 1968: los oficiales contra Massemba-Debat, que había querido implantar el socialismo científico. Massemba había llegado al poder por la evicción violenta de Fulbert Youlou —el elegante abate que llevaba sotanas especiales confeccionadas por Christian Dior—, que fue el primer jefe de Estado después de la independencia, en 1960.

guna validez en África? ¿Qué tienen que hacer con la amalgama judeo-cristiana-greco-romana que fue una sobreimpresión en la época colonial y que ahora continúa vertiéndose sobre el continente en forma de películas, televisión, élites africanas educadas en las Universidades europeas? ¿Qué son las fronteras para los nómadas, para las tribus errantes? ¿Podemos juzgar a los africanos con el eurocentrismo que no somos capaces de corregir en nuestra óptica?

Al mismo tiempo que tendemos a valorar a los africanos con arreglo a una idea abstracta de la Europa perfecta, no somos capaces, tampoco, de establecer una comparación de ciertos acontecimientos europeos muy paralelos a los africanos. La palabra tribu, por ejemplo, tiene aún un sentido peyorativo. Pero tal vez nos estén ocurriendo aquí cosas similares. Tal vez el grave problema belga —nación de gran desarrollo de civilización industrial y cultural, nación que hasta hace poco colonizaba naciones— sea un problema tribal entre flamencos y wálones. Los regionalismos de Europa son parecidos a los regionalismos africanos. Grecia es Europa. Grecia tiene una de las más antiguas tradiciones del continente, y es la dueña del invento de la democracia. ¿Se distinguen mucho los coroneles griegos de los coroneles africanos? La raya divisoria de las dos Alemanias, sobre la que se discute ahora, ¿no es una frontera artificial implantada por los vencedores y ocupantes de un país, como son artificiales las fronteras creadas en África por los ocupantes coloniales? Uno de los problemas que se señalan en África es el de la separación de las élites intelectuales del gobierno del país. ¿Es que son los intelectuales, las élites universitarias o pensantes, los que dirigen los países europeos, un país como los Estados Unidos? Cuando se dice que África se balcaniza, se está empleando un término europeo. Cuando se plantean aquí

problemas como el del Alto Adige, como el de la frontera Oder-Neisse, ¿no son problemas africanos?

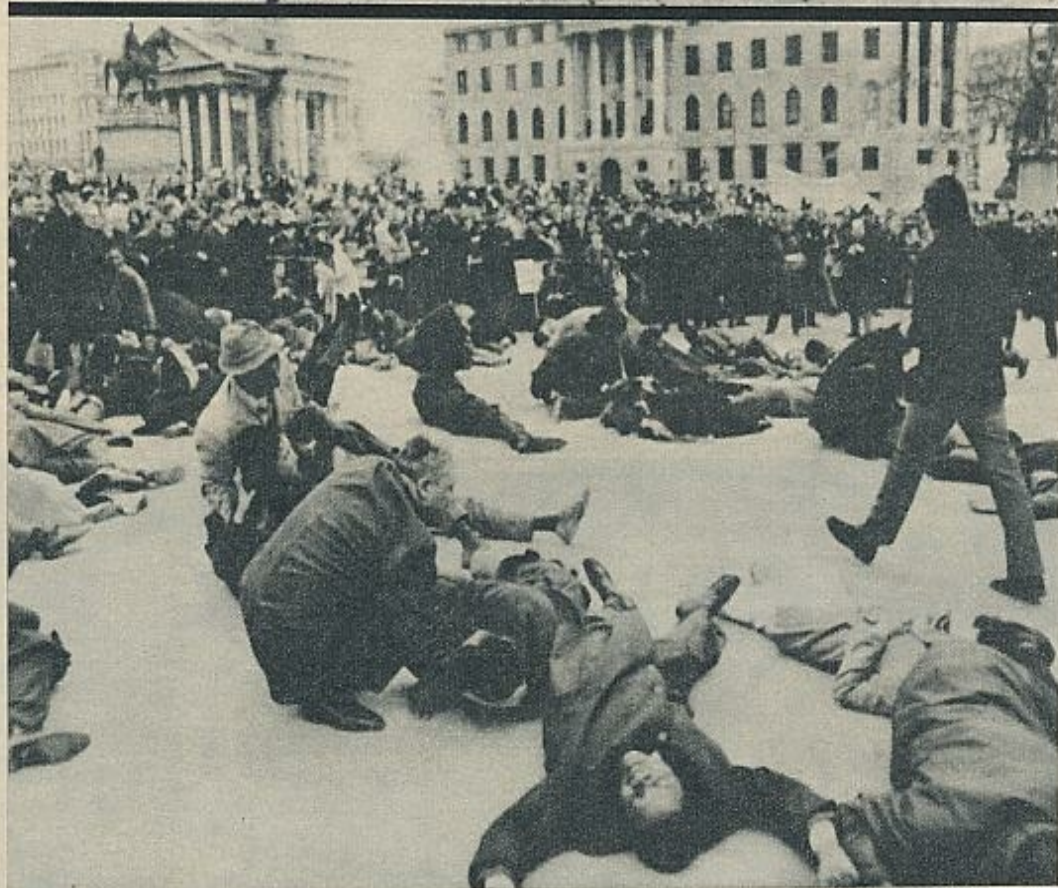
EN CONTRA DE SU FUTURO

Pero hay unos problemas africanos típicos. Uno de ellos es el del fracaso de la gran revolución africana, la que produjo veintiocho Estados libres entre 1946 y 1963. Toda revolución produce la idea de que la vida va a comenzar realmente. Los africanos se encuentran hoy con una economía degradada, con un nivel de vida muy bajo, con un sistema de trabajo disfrazadamente esclavista. La vida no ha comenzado, como se esperaba. Los gobernantes actuales les son tan extraños como los blancos que les colonizaban. Solamente que el blanco era el enemigo visible, aquel a quien un día se expulsaría. ¿Quién expulsará, ahora, a los negros-blancos, a los negros colonizadores?

Los golpistas tienen toda la fuerza, todo el poder. Tienen las armas: se las envían desde Estados Unidos, o desde Europa. Cuando no bastan las armas, los países europeos facilitan también los soldados, como ocurre en el Tchad con las tropas francesas. Los países occidentales envían las armas y envían los soldados, porque quieren las materias primas y quieren la mano de obra barata. Con esas materias primas devaluadas en los mercados, con esa mano de obra infantil, femenina, anciana, siempre mal pagada, se ayuda a que aumente incesantemente la disparidad entre los países desarrollados y el subdesarrollo africano. África tiene que trabajar contra sí misma, a favor de su propia explotación. En contra de su futuro.

LA «TERCERA RESPUESTA»

¿No tiene mejor futuro África? Algunos sociólogos creen encontrar el embrión de formaciones posibles que se van creando al margen de los golpes de Estado, independientemente de las luchas entre grupos cerrados de poder.



El sábado 21 se cumplió el décimo aniversario de la matanza de Sharpsville, en Africa del Sur, donde veintitún africanos perdieron la vida, víctimas de la represión racista. En Londres se organizó una manifestación conmemorativa. No han ido bien las cosas para Africa en la década que acaba de terminar: muchas ilusiones se han desvanecido. La gran revolución africana que produjo veintiocho Estados independientes, entre 1946 y 1963, ha fracasado por ahora. No ha comenzado una vida nueva. Los gobernantes que sustituyen a los viejos colonizadores son tan extraños a los pueblos negros como los blancos que antes les colonizaban. Solamente que el blanco era un enemigo visible, aquel al que un día se expulsaría; ¿quién expulsará ahora a los negros-blancos, a los negros colonizadores?

Se habla de los sindicatos, que aparecen como una formación política allá donde la política fracasa (está pasando en Italia, y es un fenómeno interesante). Los sindicatos, en Africa, tienen una gran importancia. Se habla también de un sistema de cooperativas, de asociaciones campesinas. Se les está dando el nombre de «tercera respuesta». La cooperativa africana es una especie de afirmación de la vida tribal, del comunitarismo de la aldea y del conjunto de aldeas, como una extensión de la familia. Comienzan a formar cuerpos autónomos dentro de la economía africana. En Cotonu (Dahomey) existe uno, llamado «Centro de adiestramiento cooperativo panafricano».

Pero los Estados Unidos acusan a Moscú de querer apoderarse de los sindicatos. Moscú acusa a Washington de querer dirigir el cooperativismo hacia una explotación capitalista... Washington, con sus expertos y sus computadoras, ha decidido que la década de los setenta va a presenciar un nuevo intento soviético de «regresar» a Africa, y que su instrumentación sería la inclusión de la Federación Sindical Panafricana en la Federación Mundial de Sindicatos.

Esta sospecha es la que ha ocasionado el viaje del secretario de Estado de los Estados Unidos, William Rogers, por diez países africanos «amigos». Treinta mil kilómetros en quince días. Rogers ha hablado de la inversión de capitales privados en lugar de la ayuda estatal, pero exige que haya «estabilidad» para que el capital privado no se asuste en su inversión. Moscú supone que Washington quiere anegar las cooperativas con sus técnicos, con su «Peace Corps». Washington entiende que Moscú quiere fomentar una fuerza revolucionaria con los sindicatos. Si estas formas que ahora parecen como de generación espontánea en Africa son pervertidas por las grandes potencias, ¿qué recursos le quedarán al continente?